

## El legado realista

Las escaleras pesaban más que el bolso. Eduardo pregunta en preceptoría dónde está el SUM. “Es al final del pasillo”, comenta el portero mientras barre. Llega a la puerta y piensa: “¿Por qué estoy tan nervioso, si voy a charlar con unos chicos de secundaria? Tal vez por el apuro, por todos los papeles que encontré a último momento. Es demasiada casualidad tropezar con eso a último momento.” Eduardo no puede dejar de sentir que es el depositario de una herencia literaria. Unas muecas que le hacen desde el interior del salón lo sacan de su ensimismamiento. De repente, la puerta se abre y aparece delante suyo la vicedirectora que lo saluda e invita a pasar.

“Bueno, chicos, hacemos silencio, por favor... -espera un momento a que los alumnos dejen de hablar- Hoy en la escuela tenemos un invitado muy especial. Eduardo es escritor y profesor de Historia. Ha publicado varios libros de cuentos y, también, novelas. Su primera novela fue llevada al cine con gran éxito y ganó muchos premios, como ustedes ya saben. Hoy viene a compartir con nosotros cómo lleva adelante el proceso de escritura. No quiero quitarle más tiempo a su exposición presentándolo. Con ustedes: Eduardo Sacheri.” Los chicos aplauden, “Aunque quizás no haya nada para aplaudir”, piensa. ¿Se aplaude su trayectoria, la presentación de la vicedirectora o para llenar el vacío que queda después de esa presentación?”

-Hola, chicos. ¿Cómo andan? Para mí es una enorme satisfacción estar hoy acá con ustedes, por eso quiero agradecerle a las profes que me invitaron y espero que ustedes también puedan disfrutarlo.

Mientras transcurre la charla, Eduardo piensa en las cartas, en la posibilidad de mencionarlas o no. Como alguna vez él ha incursionado en el género policial, en su cabeza los textos encontrados recientemente se formulan como pistas. “¿Pistas de qué?” llega a preguntarse, pero no concluye porque de hecho está dando una charla; tiempo después, al trabajar este preciado material, relacionando y comparando, comprenderá cuán acertada fue su intervención.

Llegan las preguntas de los chicos, de los docentes, simultáneamente a la sorpresa de Sacheri al verse librado del parloteo propio. Lo que le parece más increíble es que tras la pregunta de un alumno indagando sobre si está escribiendo algo en la actualidad, se encuentra explicando el hallazgo de las cartas, o de las relaciones entre ellas, o de la coincidencia, la casualidad, cosas en las cuales él no cree, pero que en ese momento, no se explica por qué, estas ideas salen de su boca en forma de palabras ¡y frente a un auditorio! “Traigo aquí los ejemplares de las misivas que resultan apropiadas para este encuentro, si me permiten las leo y ustedes mismos podrán resolver si las paparruchadas que acabo de balbucear tienen alguna coherencia.

El destino, tal vez, o la casualidad, quizás, las ha puesto en mis manos. Son textos inéditos, jamás leídos en público. Así que es un honor para mí ser el primero en compartirlas, y espero que sientan lo especial de este momento único.

Comenzaré cronológicamente, con un fragmento de una carta escrita el 5 de Noviembre de 1931 por Roberto Arlt, porteño de pura cepa, trabajador de la palabra, escritor y periodista como Rodolfo Walsh, acerca de quien les leeré luego” - Traga saliva, se seca la frente.

“Corrían los años de la década infame, tras el primer Golpe militar contra un gobierno democrático, el del caudillo radical, don Hipólito Yrigoyen. Lamentablemente apropiarse del poder por la fuerza se les haría costumbre a los milicos. Esto es importante, ya que no se comprende a fondo un texto, mucho menos si de realismo hablamos, sin tener en cuenta el contexto histórico en que surge.

Bueno, estoy muy nervioso, es realmente una situación insólita, pero ahí va:

*Respiro la ciudad llena de gente que va y viene con sus maletines de papeles inútiles. Me desplazo de un barrio a otro leyendo tus cuentos que habitan en un lugar tan lejano de este tren que no puedo ni siquiera imaginarlo. Quiero salir de esta realidad que me agobia, pero no sé cómo hacerlo. No puedo huir a la selva porque para mí la selva es esto. Escribir a partir de aquí no me acerca a vos, todo lo contrario. Mi escritura está radicada en las entrañas de la gente que sufre, de la vida en esta pestilente sociedad. La tuya, quizás, pertenezca a otro plano al cual no quiero ni puedo acceder. Sin embargo, este lente con que miramos el mundo en que vivimos no permite una refracción pura de la luz, sino que siempre se cuele la sombra de una crítica. Anoche, al irme a dormir, leía el hermoso cuento del maestro Tolstoi y pensaba en la acidez de esta ironía: “Existe un reino pequeñito, minúsculo, a orillas del Mediterráneo, entre Francia e Italia. Se llama Mónaco y cuenta con siete mil habitantes, menos que un pueblo grande. La superficie del reino es tan pequeña que ni siquiera tocan a una hectárea de tierra por persona. Pero, en cambio, tienen un auténtico reyecito, con su palacio, sus cortesanos, sus ministros, su obispo y su ejército.” A León le sorprendía cómo unos pocos habitantes mantenían la vida de la realeza y apuntaba a despertar al adormecido pueblo. Entonces, hoy más que nunca, en las ciudades modernas, que el hombre se levante contra aquellos que viven de sus costillas. Como afirmé en el prólogo de mi más reciente obra, Los lanzallamas, aspiro a que la literatura encierre violencia, un cross a la mandíbula cuando menos te lo esperás.*

Bueno, ejem... Podría extenderme en comentarios, pero siento que estas valiosísimas cartas hablan por sí mismas. Como saben, la correspondencia es una comunicación diferida, cada mensaje atraviesa la distancia del tiempo y el espacio para llegar a su destinatario y luego vuelve, en forma de respuesta.

Así, pues, Horacio Quiroga contestó:

*Como te he dicho anteriormente, estimado colega, Buenos Aires y Misiones son las dos caras de la misma moneda. La urbe monstruosa que aprisiona el espíritu está presente en su contracara: la selva salvaje. Este refugio me ha permitido liberarme del exterior opresivo, pero la angustia que sientes tú caminando las calles con sus cableados eléctricos, la misma desolación me persigue aquí, entre árboles y lianas, en medio de la naturaleza. Y siento una desesperanza que me proyecta hacia la locura y la muerte.*

*Pero entonces, ¿cómo no escribir sobre lo que nos rodea?! El escenario de todas las historias es siempre familiar, cercano. La fantasía nace de la experiencia. Mi palabra brota del ambiente en que vivo, y vuelve al exterior como el bramido de un animal hambriento. De la batalla del hombre por sobrevivir a la realidad.*

*Y la realidad es dura, cruel y, sobre todo, concisa, sin vueltas. Por eso, como tengo dicho en "Ante el tribunal": El cuento es, para el fin que le es intrínseco, una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar en el blanco. Cuantas mariposas trataran de posarse sobre ella para adornar su vuelo, no conseguirían sino entorpecerlo.*

*Siempre Silvestre, dueño de mi propia Fortaleza: la selva misionera.*

Más adelante, siguiendo con nuestra historia que atraviesa, como pueden ver, dos períodos fundamentales de la historia de nuestro país, el enemigo del Ejército sería el peronismo y, como siempre, la democracia misma. Entonces, ante la resistencia popular, al Golpe le seguiría el Terrorismo de Estado, la persecución, la represión, un plan de exterminio de toda disidencia. En este marco, surgirían dos voces, entre otras, que marcarían la época: Juan Gelman en poesía y Rodolfo Walsh en narrativa.

El autor de Operación Masacre le escribió a su amigo el 4 de Mayo de 1957:

Querido

Juan:

*Te escribo para saludarte por tu cumpleaños. ¡Cómo pasa el tiempo! Espero que ya estés viviendo en tu nueva casa y vaya todo como lo planeaste; te prometo que uno de estos días voy a visitarte. Aprovecho para felicitarte por la publicación de tu último poemario, me gustó mucho, como siempre, la inclusión de las voces silenciadas que hacés, las que necesitan manifestarse sobre el dolor en el que se encuentran. Además, te agradezco que me hayas enviado un ejemplar; ya le hice un lugar en la biblioteca. Aprovecho esta carta, ya que entramos en el tema literario, para comentarte sobre el libro que hace unos meses terminé de escribir y desde ese momento intento publicar sin éxito. Sé que el relato es bastante comprometedor, pero mi idea es que se conozcan los hechos tal y como acontecieron. Por ello, la investigación que realicé para recopilar información fue minuciosa (y clandestina, por cierto). Sé que lo que yo hice no lo haría cualquiera, es peligroso y lleva un gran trabajo de búsqueda y recabación de datos que no están al alcance de la mano. ¿Sabés qué creo, Juan? Creo que, hoy en día, el periodismo es libre o es una farsa. Con ésto, pienso demostrar que yo, particularmente, soy libre. Es por eso que quise dar voz a las pobres víctimas del terrible suceso.*

*Lo que me propongo con el libro es mostrar que las cosas no son tan así como parecen, y que el Estado no cumple su función. Por eso elegí un narrador que toma la figura de un investigador, se mete adentro, como estamos metidos adentro de todo esto en realidad. Entonces, el libro se configura a partir del carácter periodístico, para darle credibilidad al relato, porque todos sabemos que lo que escribo es una ficción, pero ésta esconde verdades... Intenta ser una versión de lo que pasó, conozco cómo fue, por eso hablo, también, ¿no? No puedo quedarme callado, no tenemos que hacerlo. Sé que vos me entendés, Juan, por eso te lo cuento. Ya sé que el fusilamiento de José León Suárez, que encima fracasó, porque casi todos sobrevivieron, no es el único ejemplo, pero sí bastante relevante, porque fijate muy bien en lo que te digo: eran todos unos perejiles, nadie sabía nada. Me sentí en la necesidad, por el género realista, pero para que se note bien, también, de incluir la cotidianeidad de los personajes, para que la gente vea que eran tipos comunes, como cada uno de nosotros.*

*Bueno, viejo, suficiente por esta carta, era por tu cumpleaños y mirá en lo que terminamos... Ya te dije: prometo visitarte en la nueva casa, así me hacés un asadito.*

*Un  
Rodolfo*

*abrazo,*

Semanas más tarde, el poeta de la vanguardia tanguera le respondió:

*Estimado Rodolfo:*

*Hermosa esta carta que me ha provocado altas dosis de emoción; tu aprecio fluye y está acá conmigo. Que mi libro tenga lugar en tu biblioteca me honra, y también me dan ganas de provocar ese encuentro instantáneamente. Estas líneas, que se me hacen pocas, han producido en mí ideas, sensaciones, ganas de agarrar trabajos viejos, reflexiones... y podría seguir una larga lista. Pero el tiempo apremia, al menos por hoy; tal vez podamos retomar estas conversaciones durante tu visita.*

*Sin embargo no puedo, siento que no debo dejar ciertas ideas en el dintero (de tintero y de dintel). Esta selva a la cual te has enfrentado hace eco y sonido en mi escritura; como sabes, mi compromiso político viene desde mis raíces, pero en el oficio de escritor encuentro un doble trabajo, uno múltiple. Me refiero a 'la lectura de lo real, y su transformación; y así también, tal vez se pueda llegar a la transformación social. En tus palabras leo a Hernández con su Martín Fierro, esa denuncia, la lucha está en tus palabras, en tus pensamientos. En mi caso intento prolongar las voces de esos "otros", de los que no la pueden hacer escuchar, pero me sale desde lo íntimo, porque no puedo alejarme del amor ni del dolor. La obligación que siento de trabajar con la palabra me viene de su materialidad, así como la realidad maneja las cosas tangibles. Y las cuestiones que planteas me hacen pensar en que mi escritura no me pertenece, hay un "todos" a los que la atribuyo, entre los cuales estás vos con tu voz, esa esencia que, tan bien me figuro, se refleja en tus ojos, encendiéndose lentamente como tu belleza.*

*Cuando me visites podés traer a las chicas y leemos el manuscrito.*

*Te abraza,  
Juan."*

Entonces, Eduardo hizo una pausa, más larga que las anteriores y, conteniendo las lágrimas de la emoción, miró a su auditorio, o más bien más allá, hacia un horizonte lejano e infinito que no cabía en ese recinto cerrado. Por unos segundos, el silencio fue total y los nervios se le pusieron de punta. ¿Acaso se habían dado cuenta? ¿No había sido lo suficientemente creíble? ¿Cómo él, un simple autor de este tiempo voraz del mercado editorial, podía toparse con semejante hallazgo? ¿Sería inverosímil que Quiroga, Arlt, Walsh y Gelman se comunicasen por cartas de este modo? ¿No había captado bien el registro de ninguno? El clamor de los aplausos y los chiflidos de los chicos, que se habían puesto de pié, lo retrotrajo a la mundana realidad escolar en que había compartido, por primera vez, su legado.

FIN